

ROMANOS 15:7-8, PARA GLORIA DE DIOS, PARTE I

INTRODUCCIÓN

Terminábamos la reflexión anterior diciendo que la perseverancia y consuelo de Dios, que hallamos solo en las Escrituras, es la que nos produce esperanza, y esto es para la gloria de Dios, puesto que es Dios mismo el padre de toda paciencia y consolación. Pablo ora y desea que la iglesia de Roma disfrute esta paciencia y consuelo de las Escrituras para poder vivir en armonía unos con otros, llenos de toda esperanza, cosa que ha de servir para promover la sola gloria de Dios, para que todos juntos glorifiquemos al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Y acá debemos insistir entonces que el mandamiento que Pablo está dando a la iglesia no busca otra cosa distinta, así como toda instrucción de las sagradas Escrituras no buscan otra cosa, sino solamente la Gloria de Dios. Consideremos entonces que aquellos que ahora disfrutan de comunión con Dios, gracias a la paz que les ha traído el mismo Hijo de Dios, están llamados a vivir su día a día, a correr su carrera, a pelear la buena batalla, Para la Gloria de Dios.

I. PROCURAMOS VERDADERA ACEPTACIÓN

“Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios”. Acá se extiende la exhortación anterior del apóstol a que los cristianos busquen activamente vivir en armonía unos con otros para de esta manera glorificar a Dios, y se convierte en la razón por la cual debemos procurar una verdadera aceptación. Como pueblo de Dios redimido por la sangre de Cristo, la iglesia que estaba en Roma debía reconocer que indistintamente de lo fuerte o débiles que fueran en la fe, cada uno servía a un mismo Señor porque cada uno fue aceptado o recibido por Dios por la misma razón, la gracia de Dios. Entonces, nuestro propósito de vivir en armonía como hermanos, para de esta manera dar gloria a Dios, es la razón para aceptarnos, ya seamos fuertes o débiles en la fe. Decimos entonces que, para la gloria de Dios, procuramos verdadera aceptación,

A. AL ACEPTARNOS UNOS A OTROS

Por lo antes expuesto dice Pablo, es su deber aceptarse los unos a los otros. Es responsabilidad de cada uno como miembro del cuerpo estar al servicio de los demás. Es deber de cada uno, aceptar, acoger con agrado, recibir para sí mismo, al que también ha sido acogido por Dios. Acá Pablo habla a los dos grupos que sobresalían en la iglesia, los fuertes y los débiles en la fe. No le habla a uno solo sino a ambos. No es cuestión de un solo grupo sino de ambos. Así como la armonía del matrimonio no es responsabilidad únicamente del esposo o únicamente de la esposa sino de ambos, de la misma forma, la armonía de los creyentes es un deber que todos en la iglesia debemos buscar. La unidad y pureza de la iglesia es algo en lo que todos debemos trabajar, puesto que todos somos responsables de ello. Así que podemos afirmar que para la gloria de Dios procuramos verdadera aceptación al aceptarnos unos a otros,

B. TENIENDO COMO BASE LA ACEPTACIÓN DE CRISTO

“Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios”. El mundo nos vende una idea perversa de tolerancia al pecado, de aceptación de cuanta cosa despreciable para vivir en paz y amor, nos dicen incluso que nos roban con impuestos injustos para alimentarnos mejor, para que seamos solidarios entre nosotros, para darnos sociedades más

justas, más humanas, más progresistas. Pero el resultado de la implementación de dichas ideas es un completo desastre, la destrucción de la familia, de la sociedad en general, de los valores, de la economía, de las naciones por completo. La única base de aceptación del otro, es la aceptación de Cristo, que como hemos visto a lo largo de la carta no se trata de ningún mérito humano, de ninguna obra humana ya sea por la fuerza o por motivación propia, sino que se trata de un don de Dios mismo para su propia gloria. Cristo había aceptado a los Romanos, por pura gracia, y evidencia de tal aceptación, era que ambos grupos en la iglesia buscaban agradar a su Señor de acuerdo con desarrollo de su fe en Cristo; los fuertes en la fe que comían de todo al saber que del Señor es la tierra y su plenitud, pero también los tenían sus reservas y preferían no comer carne que pudiese haber sido sacrificada a los ídolos, ambos grupos procuraban agradar a Dios. Por tanto, la tendencia a menospreciar a unos o juzgar a otros, así como cualquier otra tendencia pecaminosa, debía ser combatida en la iglesia. Lo cierto es que Cristo había recibido a ambos grupos de creyentes, ninguno era mejor que otro, ninguno era más acepto que otro, ambos eran objeto del tierno amor de Cristo, de modo que no existía razón alguna para división entre ellos, para distinguirse unos por encima de los otros, así que nada en verdad impedía que se recibieran como hermanos amados, los unos a los otros, y debían hacerlo, así como Cristo lo hizo,

C. PENSANDO SOLO EN LA GLORIA DE DIOS

Recordemos que nuestro Señor se humilló y no estimo el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, y vino a salvarnos, nos acogió amorosamente como suyos y dio su vida por nosotros. Siendo terribles pecadores, desagradecidos con Dios, aborrecedores de su verdad, él vino en nuestro rescate, para justificarnos, pero también para santificarnos, para hacernos nuevas criaturas, pensando de este modo manifestar la grandeza de la gracia, de la misericordia del Padre celestial. De la misma manera nos enseña el apóstol, debemos recibirnos unos a otros, con profunda estima, con sincera consideración, pensando solo en la gloria de Dios. No en lo que cada uno pueda obtener por aceptar o recibir al otro como hermano amado, sino en manifestar precisamente por medio de ese amor, el amor de Dios, las virtudes del que nos salvó, esto es, buscando la exaltación, el reconocimiento de nuestro Dios solamente. Si todos aquí hemos confesado a Cristo como nuestro Señor, debemos pensar en la gloria de Dios, y por ello aceptarnos unos a otros como miembros del mismo cuerpo, ese cuerpo al que fuimos unidos precisamente por la fe en Cristo. Si todos aquí en verdad queremos agradar a Dios, debemos apoyarnos mutuamente en cumplir dicho propósito, inspirados en la obra y ejemplo de Cristo, lo que nos lleva al segundo punto.

II. CRISTO VINO A SERVIR

Esto nos recuerda las Palabra de nuestro salvador en Mateo 20:28. Y Pablo lo recuerda a los Romanos, que Cristo vino a prestar un servicio humilde, dedicado, para gloria de Dios. Es Cristo quien ha dado el mejor y más grande servicio a la humanidad. No fueron los religiosos más reconocidos, ni los científicos, ni mucho menos los políticos, ni los guerrilleros como se quiere imponer en la historia de Colombia según la mal llamada “comisión de la verdad”, ni los millonarios que posan de grandes altruistas, los que han ofrecido un gran servicio a la nación y a la

humanidad. No era el imperio el que había dado un gran servicio a los ciudadanos de Roma entre los cuales estaba la misma iglesia, era Cristo Jesús, el Hijo de Dios el que vino a dar el servicio humilde que bendeciría a toda la raza humana de todas las edades, él vino como

A. DIÁCONO DE LA CIRCUNCISIÓN

“Pues os digo, que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres”. Le habla el apóstol a los hermanos de origen judío en la iglesia para mostrarles que en efecto Jesucristo se hizo hombre y nació como judío, nació bajo la ley para servir al pueblo judío, llamado aquí “la circuncisión”, recordemos Gl. 4:4, Mt. 15:24, Is. 42:1. Es Cristo Jesús ese siervo de Dios que viene a mostrar su verdad, su misericordia, a ejecutar la voluntad del Padre celestial. Tal es la gloria de Dios, que para aceptar a los creyentes, Cristo vino a ofrecer el más grande servicio, dar su vida entera en rescate por los suyos, por todos y cada uno de los escogidos, todos y cada uno de los que el Padre recibió para sí mismo desde la eternidad como ya nos advirtió el apóstol en el capítulo ocho de la carta. Y Se nos dice que en efecto él vino

B. POR LA VERDAD DE DIOS

A causa de la verdad de Dios. Cristo no vino a servir a intereses mezquinos y engañosos que motivan a los perversos que se hacen pasar por grandes humanistas o salvadores de las naciones. Los hombres estafadores se hacen ver como buenas personas que quieren el bienestar de otros, pero en realidad solo sirven a sus intereses mezquinos. Cristo nos recibió para sí mismo por medio de su servicio abnegado a la verdad de Dios, a la revelación de Dios que mostraba su amor y sus promesas de redención para su pueblo. Pablo nos ha recordado además que nada puede anular la Palabra de Dios que es la verdad, por eso él citaba: *“...antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: Para que seas justificado en tus palabras, Y venzas cuando fueres juzgado”.* ¡Oh hermanos, miren quien define la verdad, en dónde está la verdad, quién es la verdad, quién dice la verdad!. No es el hombre mentiroso el que establece lo que es la verdad, y el hombre mentiroso no sirve a la verdad, porque aborrece a Dios, aborrece la verdad y como Satanás que es el padre de la mentira, ama y hace mentira. ¿A qué intereses sirves, a los tuyos a los de la verdad?, Cristo no vino a servir a un propósito mentiroso, sino a servir a la verdad, vino por causa de la verdad de Dios, por lo que no podía hacer otra cosa que mostrar la verdad de Dios,

C. PARA CONFIRMAR LAS PROMESAS

“Pues os digo, que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres”. Es Cristo quien mostró la fidelidad de Dios a sus promesas, con su vida, muerte y resurrección, cumplió las promesas de Dios hechas a padres, recordemos, las promesas hechas a Abraham, a Isaac y a Jacob, Gn. 12:1-3, 26:1-5, 28:10-14. Cristo vino a servir a la verdad, a mostrar que definitivamente no hay nadie más en quien podamos confiar, que no hay nadie más fuera de Dios, capaz de cumplir todas sus promesas, que solo Dios es digno de absoluta confianza, él es fiel y todopoderoso para cumplir todas sus promesas, las cuales dice el mismo Pablo, son sí, y son amén en Cristo (2 cor. 1:20). Es en Cristo que son benditas todas las familias de la tierra. Toda la raza humana, sin importar su nacionalidad, es bendecida en esa simiente de Abraham que es Cristo Jesús. No estoy diciendo que todos y cada uno de los seres humanos sean salvos, sino que la salvación de Dios llega a sus escogidos de todas las familias de la tierra, en toda la raza humana, y esto gracias al servicio de Cristo quien vino precisamente a un pueblo con el cual Dios había hecho pacto, en cumplimiento de las promesas

hechas a los padres. Este servicio de Cristo a la verdad para confirmar las promesas de Dios, no hacían otra cosa que manifestar la gloria del Padre Celestial, la excelencia de su fidelidad, la grandeza de su favor prometido desde la antigüedad. Cristo vino a servir para la gloria de Dios.

CONCLUSIÓN

Dios mediante en la segunda parte desarrollaremos lo concerniente al servicio de Cristo a los gentiles, de modo que podamos ver el cuadro completo que debe inspirarnos a buscar la gloria de Dios al recibirnos o aceptarnos unos a otros. Por el momento consideremos que es solamente para la gloria de Dios, que procuramos verdadera aceptación, esto es, acoger al hermano como tal, porque ya fue acogido por Cristo; recibir tanto al débil como al fuerte en la fe, porque Dios le ha recibido; buscar vivir en armonía entre nosotros, porque de esa forma exaltamos el amor de nuestro Dios. Otra vez debemos recordar que ninguno de nosotros vive o muere para sí, pues ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos. No usemos los criterios del mundo de aceptación o tolerancia, usemos la enseñanza de la Palabra de Dios, que nos mueve a amarnos como miembros del cuerpo de Cristo, a tener paciencia en el desarrollo de la fe de cada uno, al mostrar cada uno que su propósito realmente es buscar la gloria de Dios. ¡Que como iglesia podamos atender esta exhortación!, para que nuestro hogar y nuestra sociedad puedan ver la gracia de Dios en Cristo, y así busquemos hogares y una sociedad que viva para la gloria de Dios. Oremos.